

LA VIRGEN MARÍA (12), LA VIRGEN DE FÁTIMA

QUINTA APARICIÓN, 13 de septiembre de 1917.

– **Al aproximarse la hora**, fui allí con Jacinta y Francisco. Los caminos estaban apiñados de gente.... Cuando ahora leo en el Nuevo Testamento las escenas del paso del Señor por Palestina, recuerdo aquellas que, tan niña todavía, el Señor me hizo presenciar en esos pobres caminos y carreteras a Cova de Iría. Y doy gracias a Dios, y pienso: si esta gente se humillaba así delante de tres pobres niños, sólo porque a ellos les era concedida misericordiosamente la gracia de hablar con la Madre de Dios, ¿qué no harían si viesan delante de sí al propio Jesucristo?



Llegamos, por fin, a Cova de Iría, junto a la carrasca, y comenzamos a rezar el rosario. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina. – *Continuad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen y S. José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda; llevadla sólo durante el día*, – Me han solicitado la curación de algunos enfermos. – *Sí, a algunos los curaré; a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean. Y comenzando a elevarse, desapareció como de costumbre.*

SEXTA APARICIÓN, trece de octubre de 1917

–**Salimos de casa bastante temprano**. Caía una lluvia torrencial. Mi madre, temiendo que fuese el último día de mi vida, con el corazón partido por la incertidumbre de lo que iba a suceder, quiso acompañarme. Ni el barro de los caminos impedía a la gente arrodillarse en la actitud más humilde y suplicante.

Llegados a Cova de Iría, junto a la carrasca, transportada por un movimiento interior, pedí al pueblo que cerrase los paraguas para rezar el rosario. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina. – *¿Qué es lo que quiere Vd. de mí? – Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honra; que soy la Señora del Rosario; que continúen rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar y los soldados volverán con brevedad a sus casas*. – Tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a algunos enfermos y si convertía a algunos pecadores; etc... – *Unos, sí; a otros no. Es preciso que se enmienden; que pidan perdón por sus pecados. Y tomando un*

aspecto más triste: – No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido. Y, abriendo sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol.

Desaparecida Nuestra Señora en la inmensa lejanía del firmamento, vimos al lado del sol, a S. José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco, con un manto azul. S. José con el Niño parecían bendecir al Mundo, con unos gestos que hacían con la mano en forma de cruz. Poco después desvanecida esta aparición, vimos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que me daba idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir el Mundo de la misma forma que S. José. Al desvanecerse esta aparición me pareció ver todavía a Nuestra Señora en forma parecida a Nuestra Señora del Carmen.

(Narración del milagro del sol, por fuente distinta a Lucía). Mientras veían estas escenas los niños, la gran multitud de alrededor de setenta mil espectadores presenció el milagro del Sol. Había llovido todo durante la aparición. Al final de la conversación entre Nuestra Señora y Lucía - cuando la Santísima Virgen se levantó y Lucía gritó: "¡Mira el sol!" - Las nubes se abrieron, revelando el sol como un inmenso disco plateado. Brillaba con una intensidad nunca antes vista, pero no era cegadora. Esto duró solo un instante. Entonces, la inmensa bola comenzó a "bailar". El sol comenzó a girar rápidamente como un gigantesco círculo de fuego. Luego se detuvo momentáneamente, solo para comenzar a girar vertiginosamente nuevamente. Su borde se volvió escarlata; Girando, esparció llamas rojas por el cielo. Su luz se reflejaba en el suelo, en los árboles, en los arbustos, y en las mismas caras y vestimentas de la gente, que adquirían tonalidades brillantes y colores cambiantes. Después de realizar este patrón extraño tres veces, el globo de fuego pareció temblar, y luego zigzaguear hacia la multitud aterrorizada. Todo esto duró unos diez minutos. Finalmente, el sol regresó en zigzag a su lugar original y, una vez más, se volvió inmóvil y brillante, brillando con su brillo cotidiano. Mucha gente notó que su ropa, empapada por la lluvia, se había secado repentinamente. **(La narración del milagro del sol está tomada del libro "Nuestra Señora en Fátima: Profecías de la tragedia o esperanza para América y el mundo")**

Un acontecimiento extraordinario le sucedió al Papa Pío XII. El Pontífice fue testigo durante tres días, 30, 31 de octubre y el 1º de noviembre de 1950, de la danza del Sol en los Jardines Vaticanos, cuando se disponía a declarar solemnemente el Dogma de la Asunción de la Santísima Virgen. El prodigio se repitió después de esos tres días, una vez más, el día 8 de noviembre. El Papa Pío XII, atestiguó el milagro de la danza del sol en los Jardines Vaticanos. El único relato sobre esta experiencia correspondía hasta el momento al Card. Federico Tedeschi, quien lo contó en una homilía. Sin embargo, el propio Pío XII dejó una memoria de los hechos en un manuscrito. Las características del portento descrito por el Pontífice con gran naturalidad, se asemejan a los testimonios de la célebre danza del Sol del 13 de octubre de 1917 en Fátima. (Gadium Press). El texto relativo a las apariciones de la Virgen, ha sido tomado de las "Memorias de Lucía".